



Libertad

La palabra resurrección, decía en una de sus homilias el Papa Benedicto XVI, no es fácil de entender. Cuando Jesús dice a los discípulos que iba a resucitar, después del episodio de la transfiguración, ellos discutían qué significaba aquello. Cuando se nos habla de la Navidad, de la gruta de Belén, podemos imaginarlo. Pero, ¿imaginar al resucitado?

Por eso son necesarias muchas otras palabras que nos ayuden a comprender la resurrección. Porque la resurrección nos da el sentido último de estas palabras.

Hoy escuchamos en las lecturas de la misa el discurso de san Pedro. Pedro habla después de Pentecostés y dice a los judíos que la muerte no podía retener a Cristo. Cristo es libre, porque se ha liberado del obstáculo último contra la libertad, que es la muerte misma, donde cesa toda capacidad de acción.

Hoy, que estamos confinados, añoramos la libertad que hemos perdido. Nos gustaría poder movernos libremente. Ir de un lado a otro sin que nadie nos diga nada. Pero, ¿es esto verdadera libertad? ¿Somos así verdaderamente libres? ¿No es verdad que, cuando nos dejen salir de casa, pronto volveremos a ir corriendo de un lado a otro, siempre con sensación de falta de tiempo y de falta de orientación? Nuestra libertad, llena de espacios, es lo que san Agustín llamaba: Libertad del fugitivo.

Cristo resucitado nos enseña otro tipo de libertad, la libertad de quien está vinculado y es capaz de generar y edificar vínculos. El Resucitado es libre, porque no necesita comer, pero a su vez porque es capaz de comer y, comiendo, crea una unidad nueva con sus hermanos. Es libre, no porque se aleja de todos, sino porque se puede hacer presente en medio de todos, incluso de aquellos que están cerrados en sí mismos por miedo a los judíos. Muestra su libertad acompañando a los de Emaús, y atrayéndolos de nuevo a Jerusalén, con los demás discípulos.

La imagen de la libertad de la Pascua es la de Cristo jardinero. Que Cristo resucitase en un huerto no es casual. Quiere decir que Él es el nuevo Adán, que fue puesto al principio en un jardín para cultivarlo. Aquel primer Adán perdió la libertad de vivir en una tierra fecunda. Por una parte, podríamos pensar que Adán ganó en libertad, porque ya no tenía que estar recluido en el Paraíso y se le dio toda la tierra. Pero sabemos que esto es un engaño. Ya no era libre, porque ya no vivía en un suelo fértil, ya sus semillas no volvían a él llenas de fruto, ya su actuación quedaba recluida en sí mismo. Cristo nos ha reintegrado a la Iglesia, lugar fecundo. La imagen de la libertad es la del sembrador, que lanza la semilla, más allá de sí mismo, con la seguridad de que la acogerá un suelo fértil.

Seguimos confinados, pero vivimos en un lugar fecundo, nuestra familia, nuestra Iglesia. Y, aun confinados, esto nos da gran libertad. Pues lo que estamos sembrando estos días de cuarentena, desde la fe en el Resucitado, dará un fruto grande, que expandirá nuestras fronteras.

San Pedro en su predicación cambia la cita del texto hebreo, de modo que no dice ya que Jesús fue liberado del lazo de la muerte, sino de los dolores de parto de la muerte. Cristo ha cambiado la muerte, esta ya no es un lazo, sino un lugar fecundo, un lugar de parto. Y la resurrección es el nacimiento, es la libertad como acto generativo.